

Un análisis dinámico de la toma de decisiones de los hogares en América Latina. El caso uruguayo *

Marisa Bucheli (Coordinadora)
Andrea Vigorito
Daniel Miles

Montevideo, febrero de 2000

Direcciones de e-mail personales:
Marisa Bucheli: marisa@decon.edu.uy
Andrea Vigorito: andrea@iecon.ccee.edu.uy
Daniel Miles: dmiles@uvigo.es

* Los autores agradecen la asistencia prestada por Elena Cuadrado y Guillermo Tolosa. Nelson Noya participó en el diseño de la investigación y en la discusión de las principales conclusiones del trabajo.

Resumen

Uruguay ha asistido a una disminución de las tasas de fecundidad y a un aumento de la actividad femenina y de los niveles educativos de la población, al igual que la gran mayoría de los países en el correr del siglo. Este estudio aborda estos cambios desde la perspectiva de las decisiones de los hogares recurriendo a la construcción de pseudopaneles a partir de microdatos provenientes de las Encuestas Continuas de Hogares del período 1986/97.

El análisis indica que los cambios relacionados con la asignación del tiempo de las mujeres responden básicamente a variaciones de comportamiento entre las generaciones. En particular, en el contexto de retornos positivos a la educación y crecientes para las generaciones nuevas, la inversión en capital educativo se incentiva prolongando el período dedicado a estudiar. A su vez, estas decisiones se interrelacionan con el rezago en la edad del casamiento, así como la reducción del número de hijos y el aumento de la tasa de actividad de las mujeres casadas. Por último, estas evoluciones se acompañan del aumento del divorcio y la formación de hogares monoparentales.

Con respecto a la inversión en capital humano de las generaciones recientes, el estudio encuentra que en los últimos años, las tasas de deserción en la enseñanza media dependen principalmente de la edad y del contexto del hogar. Así, no se detecta cambios de comportamiento recientes significativos relacionados a la cohorte con respecto a la conducta de los adolescentes. Sin embargo, un cambio generacional del comportamiento de los egresados de la enseñanza media da cuenta de una expansión de la asistencia a la enseñanza terciaria en el marco del un crecimiento de la rentabilidad de esta educación, en particular para los más jóvenes.

INDICE

Introducción

I. Características de los hogares

- A. El rezago en la edad de la reproducción y de contraer matrimonio
- B. Los hogares extendidos: el crecimiento de su incidencia entre los niños
- C. Los hogares monoparentales: el aumento de su incidencia
- D. El envejecimiento

II. El capital humano

- A. El capital educativo acumulado en las edades adultas
- B. Los retornos a la educación
- C. La inversión en capital educativo de las generaciones recientes

III. Participación en el mercado de trabajo

- A. Las mujeres
- B. Los jóvenes
- C. Los adultos mayores

IV. Un análisis agregado de las decisiones de los hogares

Apéndice: Fuentes de información

Referencias bibliográficas

Apéndice de gráficas

INDICE DE GRAFICAS

- Gráfica N° 1 Edad promedio del jefe del hogar por cohorte.
- Gráfica N° 2 Tamaño del hogar por cohorte del jefe.
- Gráfica N° 3 Número promedio de menores de 14 años en el hogar por cohorte del jefe.
- Gráfica N° 4 Porcentaje de jefes de hogar por cohorte y sexo.
- Gráfica N° 5 Porcentaje de divorciados por sexo y cohorte.
- Gráfica N° 6 Tasas específicas de fecundidad por cohorte.
- Gráfica N° 7 Porcentaje de casados por sexo y cohorte.
- Gráfica N° 8 Porcentaje de niños y adolescentes en hogares nucleares, extendidos y monoparentales por cohorte.
- Gráfica N° 9 Porcentaje de mujeres mayores de 50 años en hogares unipersonales y extendidos por cohorte.
- Gráfica N° 10 Porcentaje de hombres mayores de 50 años por cohorte en hogares unipersonales y extendidos.
- Gráfica N° 11 Promedio de años de educación por sexo y cohorte.
- Gráfica N° 12 Valor predicho del logaritmo del ingreso del trabajo de los hombres. Montevideo.
- Gráfica N° 13 Valor predicho del logaritmo del ingreso del trabajo de las mujeres. Montevideo.
- Gráfica N° 14 Efecto cohorte sobre el ingreso del trabajo por nivel educativo. Hombres de Montevideo.
- Gráfica N° 15 Efecto edad sobre el ingreso del trabajo por nivel educativo. Hombres de Montevideo.
- Gráfica N° 16 Porcentaje de niños y adolescentes asistentes al sistema educativo según el nivel educativo del jefe de hogar por cohorte.
- Gráfica N° 17 Tasa de actividad de las personas entre 14 y 60 años.
- Gráfica N° 18 Proporción de mujeres entre 20 y 50 años en trabajos de tiempo parcial por cohorte.
- Gráfica N° 19 Tasa de actividad de las mujeres por nivel educativo.
- Gráfica N° 20 Tasa de actividad de las mujeres de 20 a 50 años por situación conyugal y cohorte.
- Gráfica N° 21 Clasificación de los adultos mayores según condición de actividad y cobro de la prestación del sistema de seguridad social, por cohorte.
- Gráfica N° 22 Tasas de transición a la jubilación de los hombres. 1997.
- Gráfica N° 23 Tasa de actividad de los hombres mayores de 50 años por nivel educativo y cohorte.
- Gráfica N° 24 Porcentaje de hombres mayores de 50 años en trabajos de tiempo parcial en el total de ocupados por cohorte.

Introducción

Uruguay presenta algunas características particulares con respecto a otros países de la región en diferentes aspectos demográficos, educativos y del mercado de trabajo. Por un lado, las tasas de mortalidad y de fecundidad comenzaron a descender a fines del siglo pasado por lo que el país completó tempranamente la transición demográfica. Como resultado, en la actualidad las personas de edad avanzada tienen un importante peso en la estructura de edades de la población. De acuerdo con el Censo de Población de 1996, los mayores de 65 años representan el 13% del total de personas del país, proporción que es más alta entre las mujeres, dado que su esperanza de vida es 77,59 años frente a 69,6 de los hombres. Ello contrasta con la proporción de este grupo etario en otros países latinoamericanos, incluso con características similares tales como por ejemplo Argentina (9%) y Chile (7%).

Por otro lado, el proceso de acumulación de capital educativo comenzó tempranamente en el país. Vale la pena mencionar que en la segunda mitad del siglo pasado se instauró un sistema de enseñanza público y gratuito, cuyo ciclo primario de seis años fue concebido con carácter obligatorio. Al asentamiento y desarrollo de este ciclo, siguió un periodo de crecimiento de la matrícula en enseñanza media. En los años setenta del presente siglo, el mínimo de años obligatorios se incrementó a nueve y algunos años más tarde, en los ochenta, se asistió a un notorio crecimiento de la matrícula terciaria.

Esta dinámica de inversión en educación tiene cierta correspondencia con algunas características de la población económicamente activa. Por un lado, como contrapartida de la amplia cobertura del ciclo primario de enseñanza, el trabajo infantil ha tomado proporciones muy menores con relación al contexto latinoamericano y el fenómeno de deserción escolar comienza a tener importancia a partir de los 14 años, edad mínima legal requerida para trabajar. Por otro lado, la tasa de actividad femenina en edades centrales -esto es, cuando no existe competencia con la decisión de asistencia al sistema educativo- se ubica entre las más altas de la región, detectándose el proceso de aceleramiento de su crecimiento en los años setenta.

Varios trabajos dan cuenta de los cambios en el nivel educativo de la población y en la actividad femenina en el correr del siglo, a menudo a partir de análisis cualitativos y, más recientemente, utilizando series temporales construidas con información de corte transversal proporcionada por la Encuesta Continua de Hogares (ECH). En este trabajo, el objetivo es abordar el análisis de estos cambios recurriendo a la construcción de pseudopaneles a partir de los datos individuales de las ECH del período 1986/97. De esta forma, se busca distinguir los cambios que responden a evoluciones de la conducta a lo largo del ciclo de vida de los que provienen de diferencias intergeneracionales (Deaton, 1985; Moffit, 1993). En el Apéndice se presenta un detalle de la fuente de información y de la elaboración de los pseudopaneles.

Otra característica del presente estudio es que integra el estudio de las decisiones de los hogares sobre inversión en capital educativo y actividad con otros comportamientos tales como la creación de un hogar y su tamaño. Por ello, en la sección I se presenta las características generales de los hogares, intentando distinguir los cambios por los que atraviesan las personas a lo largo de su vida y las diferencias de comportamiento entre generaciones. Se analiza con mayor profundidad tres aspectos particulares en los que parece existir un cambio relacionado con las cohortes: las pautas de reproducción, la existencia de hogares extendidos y de hogares monoparentales. Asimismo, dada la

importancia del peso de los adultos mayores en la población, se presenta una descripción del tipo de hogar que se conforma en la etapa del envejecimiento.

La sección II describe las diferencias generacionales del capital educativo acumulado en la edad adulta. Además, dado que las decisiones tomadas en el pasado influyen sobre la rentabilidad de la educación, la cual a su vez es uno de los determinantes de las decisiones de las futuras generaciones, se presenta una estimación de los retornos intentando recoger efectos cohorte y edad. Por último, en la misma sección se analiza la inversión en capital humano de las generaciones jóvenes.

Los comportamientos relacionados con la participación en el mercado de trabajo aparecen en la sección III. Debido a que las tasas de actividad masculinas en edades centrales son superiores al 95%, el análisis de la heterogeneidad de las decisiones de actividad se restringe al de los integrantes más jóvenes del hogar, las mujeres y los hombres adultos mayores. En particular, se aborda el análisis de los determinantes del cambio intergeneracional de la actividad femenina. En la sección IV se realiza un análisis agregado de los resultados encontrados previamente. Finalmente, se presenta una sección de comentarios finales.

I. Características de los hogares

Para el análisis del comportamiento a lo largo del ciclo de vida fueron construidos pseudopaneles para los años 1986 a 1997, agrupando a las personas por grupos quinquenales de edad (ver Apéndice). Así, considerando que la edad de los individuos de cada cohorte crece en el tiempo, se intentó una aproximación al comportamiento de cada generación a través de la observación de diferentes grupos de edades a lo largo del período. Por lo tanto, las representaciones gráficas presentadas a lo largo del trabajo ilustran los comportamientos de distintas cohortes de individuos a lo largo de su ciclo de vida. Existe alguna excepción, expresamente mencionada en el texto, en que las gráficas corresponden a cohortes de jefes de hogar.

La decisión de abandonar el hogar de origen para crear uno nuevo se toma a partir de los 25 años de edad. Ello se sugiere en la gráfica No. 1, dónde la edad promedio del jefe del hogar de cada cohorte de individuos crece durante la niñez, adolescencia y juventud temprana y decrece entre los 25 y 34 años.

En su gran mayoría, estos hogares se crean por una pareja legalmente constituida a partir de la cual se conforma un hogar nuclear con hijos,¹ destacándose la baja importancia de los hogares unipersonales entre los 25 y 34 años (1 % de las personas de ese grupo). Por otra parte, la menor presencia de hogares extendidos en estas edades (aproximadamente un tercio de las personas)

¹ Para realizar esta clasificación se combinó la información sobre estado conyugal y parentesco con el jefe. La primer variable releva la situación de la persona en el momento de ser entrevistada, distinguiendo cuatro estados: casado o en unión libre; separado o divorciado; viudo; soltero. En cuanto a la segunda variable, el jefe es identificado por el hogar mientras que para el resto de los integrantes, la información brinda su relación de parentesco con el jefe: cónyuge; hijo/a; padre/madre/suegro/suegra; otro familiar; otro no pariente. Los datos sobre parentesco, estado conyugal y edad permitieron identificar cinco categorías de hogares: a) unipersonal; b) nuclear, los cuales a su vez se dividieron en los conformados únicamente por una pareja y los constituidos por una pareja y los hijos del jefe con menos de 30 años; d) monoparental, en el cual también se tomó en cuenta que los hijos tuvieran menos de 30 años; e) extendido, formado por personas que tienen lazos familiares pero entre los cuales está presente algún miembro que no es hijo del jefe o, siendo un hijo, tiene por lo menos 30 años; f) compuesto, constituido por personas entre las cuales existe al menos una que no es familiar del jefe.

sugiere que el matrimonio² conduce mayoritariamente a la conformación de un nuevo hogar nuclear. A su vez, los hogares compuestos son prácticamente inexistentes en todas las edades.

Como los hijos suelen nacer en el seno de parejas constituidas, los hogares monoparentales se asocian a la viudez y al divorcio y son por lo tanto creados a partir de la disolución de los nucleares, esto es, en una etapa de la vida algo posterior. En edades aún más avanzadas, a partir aproximadamente de los 60 años, se asiste a la creación de hogares unipersonales debido principalmente a la viudez, en particular de mujeres, durante el envejecimiento.

En este contexto en que una abrumadora parte de los hogares son nucleares o extendidos, predomina la jefatura masculina. Así, las jefas mujeres se restringen a los hogares unipersonales y monoparentales creados principalmente por razones de viudez o divorcio.

Por otra parte, estos comportamientos explican la evolución del tamaño promedio de los hogares a lo largo del ciclo de vida de los jefes, tal como se ilustra en la gráfica No. 2 que refiere a cohortes de jefes. En efecto, el tamaño crece en las primeras etapas y luego de una fase de estabilización, desciende como resultado de la salida de los hijos del hogar de origen. Más tarde, cae aún más debido a la incidencia de la muerte de uno de los integrantes de la pareja.

Este patrón mayoritario parece repetirse a través de las generaciones vivas en el período de estudio. Sin embargo, puede destacarse tres modificaciones de comportamiento. En primer lugar, se verifica un rezago en la edad de contraer matrimonio, de constituir un nuevo hogar y de la reproducción, decisiones altamente correlacionadas cuyas transformaciones se reflejan en una mayor permanencia en el hogar de origen. Esto se refleja en el menor tamaño del hogar de las generaciones recientes (gráfica No. 2) y en particular, de la menor presencia de niños en las cohortes de hogares más nuevas (gráfica No. 3). Asimismo, la postergación del matrimonio se recoge en la gráfica No. 4: durante la juventud, la proporción de jefes de hogar es menor cuanto más reciente la generación. Este cambio de comportamiento se presenta con mayor detalle en el apartado A.

En segundo lugar, la participación de menores en hogares monoparentales de jefatura femenina crece para las nuevas generaciones como resultado de una mayor incidencia del divorcio³ de la pareja formada por sus padres. En efecto, para las generaciones más recientes, los hogares se transforman en entidades de vida más breve dado que la ruptura de parejas sin reconstitución de matrimonio no sólo es mayor en las generaciones más jóvenes sino que, además, se produce a edades más tempranas (ver gráfica No. 5). Por ejemplo, en la generación 1952-56, el 12% de las mujeres está divorciado entre los 37 y 41 años; esta proporción se alcanza en la generación 1963-67 a los 30-34 años.⁴ La evidencia sobre la mayor incidencia de los hogares monoparentales entre los niños se analiza en el apartado B.

El tercer aspecto refiere al incremento del número de niños pertenecientes a hogares extendidos. La información disponible no es la más apropiada para analizar los hogares extendidos

² En el resto del trabajo, la expresión "matrimonio" y "casado" incluyen las parejas constituidas legalmente y en unión libre.

³ El término "divorcio" incluye la disolución legal del matrimonio y la separación de hecho.

⁴ La ECH solo releva la situación conyugal presente. En virtud que la declaración de "divorciado/separado" es mayor entre las mujeres, se infiere que los hombres reinciden con mayor intensidad en la cohabitación, tal como se ha encontrado en países desarrollados (Kiernan & Mueller, 1998). Por ejemplo, entre el 13-14% de las mujeres nacidas entre 1926 y 1952 declararon estar divorciadas o separadas en 1997, mientras que solamente lo estaba el 6-7% de los hombres de este grupo. Por otra parte, la baja incidencia de hogares compuestos entre los niños -inferior al 3%- refuerza la idea de que las mujeres con hijos reinciden más lentamente en la cohabitación con segundas parejas. Estas consideraciones conducen a que la atención se centre en las mujeres.

ya que solamente releva los lazos de parentesco en relación al jefe. Sin embargo, en el apartado C se presenta algunas explicaciones posibles de la mayor incidencia de estos hogares durante la niñez. Entre ellas, cabe mencionar que probablemente el divorcio en los estratos de bajos ingresos no incentive la formación de un hogar monoparental sino que provoque un retorno a su casa de origen, contribuyendo a la expansión de los hogares extendidos.

Por último, en el apartado D se caracteriza las repercusiones del envejecimiento sobre la estructura de hogares, debido a la importancia numérica del grupo etario de adultos mayores en la población uruguaya.

A. El rezago en la edad de la reproducción y de contraer matrimonio

Debido a que la ECH no releva variables relativas a la reproducción, se recurrió a información alternativa para caracterizar este fenómeno (INE y CEPAL/CELADE, 1987). La gráfica N° 6 permite visualizar el comportamiento de la tasa específica de fecundidad por cohorte y edad⁵, mostrando que las correspondientes a las generaciones nacidas después de los años cincuenta son inferiores.

Este cambio demográfico no tiene la dimensión observada en el resto de América Latina. Desde mediados de siglo, la región asiste a un proceso de acelerado descenso de la tasa de fecundidad, desde un promedio de 5,9 hijos por mujer en 1950-55 a 2,9 en 1990-95 (CELADE, 1996). En Uruguay, su disminución fue notoriamente menor pero partiendo desde niveles más bajos: de un promedio de 2,7 en 1950-55 a 2,3 en 1990-95.

Así, Uruguay se encuentra en un estado avanzado de la transición demográfica cuyo origen se vincula al impacto de la alta proporción de inmigrantes europeos en la población entre 1850 y las primeras décadas del siglo XX. En este sentido, Pellegrino y Polleri (1999) encontraron que las tasas de fecundidad de las inmigrantes europeas –mayoritariamente italianas y españolas- eran más bajas que las de sus contemporáneas uruguayas. Es probable que esas mujeres fueran quienes introdujeron las nuevas pautas reproductivas, puesto que el descenso de la tasa de fecundidad en Uruguay se produjo al mismo tiempo que en Italia y España.

Por otra parte, la gráfica No. 6 muestra un desplazamiento de los valores máximos de las tasas de fecundidad hacia edades mayores, indicando una postergación de la decisión de reproducción en las generaciones nacidas después de los años sesenta. Así, por ejemplo, la tasa máxima de fecundidad de las mujeres nacidas en 1936-50 se sitúa en el entorno de 16% y corresponde al grupo de 20 a 24 años, mientras que para las nacidas en 1961-70, la tasa máxima se obtiene a los 25-29 años con un valor inferior a 14%. Sin embargo, vale la pena destacar que a pesar de su descenso general y desplazamiento, la tasa específica de fecundidad de las adolescentes de 15 a 19 años aumenta levemente en la última década (de 6,6% a 7% entre 1985 a 1995).

Si bien la información de la ECH no permite estudiar si esta evolución de mediano plazo de la tasa de fecundidad específica se acompaña de un rezago de la decisión de cohabitación, sí es posible detectarlo para las cohortes más jóvenes. A título ilustrativo, a las edades de 25-29 años, en

⁵ La tasa específica de fecundidad para un grupo etario es el cociente entre los hijos nacidos vivos de mujeres en dicho tramo etario y el total de mujeres pertenecientes al tramo. Se calcula para los siguientes intervalos de edad de las mujeres: 15-19; 20-24; 25-29; 30-34; 35-39; 40-44; 45-49. La tasa global de fecundidad es equivalente a cinco veces la suma de estas tasas específicas para un corte transversal.

las que la incidencia del divorcio es baja para todas las generaciones, el 63% de la cohorte 1957-61 convive con su pareja, proporción que desciende a 60% y 53% para las generaciones 1962-66 y 1967-71, respectivamente. En la gráfica N° 7, se presenta el porcentaje de casados ilustrando que este rezago se repite en ambos sexos, percibiéndose además, que las mujeres contraen matrimonio en edades más tempranas que los hombres.

Naturalmente, la postergación en la conformación de matrimonios se refleja en una prolongación de la soltería. Esta se acompaña de una mayor permanencia de las personas en el hogar de origen o sea que, a diferencia de otros países, la postergación del matrimonio no se refleja en constitución de hogares de jóvenes solteros. Así, a los 21-25 años, 64% de la generación 1972-76 se identifica como "hijo/a del jefe del hogar" mientras que a esa edad, sólo lo hace el 55% de la generación 1962-66.

En síntesis, existe una caída de las tasas específicas de fecundidad y una postergación de la decisión de reproducción que contribuyen a explicar la mencionada disminución intergeneracional del tamaño promedio de los hogares. A su vez, el desplazamiento en la edad de tener el primer hijo se acompaña de un rezago en la cohabitación y constitución de un nuevo hogar. Estos cambios de comportamiento son relativamente similares para la capital y el resto del país urbano, si bien en esta última región las distintas generaciones presentan una mayor incidencia de personas solteras.

B. Los hogares extendidos: el crecimiento de su incidencia entre los niños

La constitución de los hogares extendidos aparece asociada al bajo nivel educativo del jefe. A título ilustrativo, a los 50-65 años, alrededor del 67% de los jefes hombres de hogares nucleares nacidos entre 1932-36 aprobó seis o menos años de educación; para los hogares extendidos, esta participación se sitúa en torno al 72%. Debido a la correlación positiva de ingresos y educación, es probable que la conformación de los hogares extendidos sea resultado de una estrategia de fusión de ingresos para aprovechar economías de escala.

Si bien los niños viven mayoritariamente en hogares nucleares, la proporción que habita en extendidos no es irrelevante y crece a partir de 1993. Así, el porcentaje de menores de 4 años en hogares nucleares desciende de alrededor de 66% antes de 1993 a 58% para la generación 1993-97. Como contrapartida, su participación en hogares extendidos, de 27-31% antes de 1993, crece también en forma continua y gradual desde entonces hasta alcanzar el 36% para los nacidos en 1993-97 (gráfica No. 8).

Este cambio puede responder al agrupamiento de personas emparentadas por distintos lazos biológicos, pero la información de la ECH no permite distinguir fehacientemente entre las distintas alternativas.

Por un lado, podría estar relacionado con el mencionado crecimiento del embarazo adolescente en la última década. Esta idea puede apoyarse en que la proporción de menores de 4 años declarados como "familiares no hijos" del jefe crece del 17-20% antes de 1993 a 27% en 1997; mientras que la proporción de familiares adultos en estos hogares no presenta variaciones temporales tan notorias.

Por otro lado, es posible que parejas jóvenes de bajos ingresos estén recurriendo a formar hogares extendidos, tal como lo sugieren las diferencias mencionadas de nivel educativo entre los

jefes. Esta estrategia pudo haberse incentivado por el incremento de la relación pasividades/salarios verificado en los años noventa (Bucheli y Rossi, 1994; Machado y Reggio, 1999). Además cabe señalar que el programa de subsidios a la familia es muy limitado: se estima que deja fuera al 40% de los menores en hogares del primer decil de la distribución de ingresos (Bucheli, 1997)⁶.

Por último, el aumento generacional de las rupturas matrimoniales puede contribuir a explicar este cambio debido al eventual retorno de la mujer y sus hijos a su casa de origen cuando el divorcio se da entre parejas de bajos ingresos. Algunas sugerencias de la importancia de este hecho se mencionan en el apartado C.

C. Los hogares monoparentales: el aumento de su incidencia

La incidencia del hogar monoparental crece durante la niñez y adolescencia: aproximadamente 3% de los niños nacidos en 1982-86 vive en este tipo de hogar antes de cumplir los cinco años; a los 10-14 años, esta participación aumenta a 11%. Por otra parte, su peso se incrementa en el período de estudio, en particular entre los adolescentes: 8% de los niños de 10 a 14 de la generación 1972-76 *versus* 11% en la generación 1982-86 (gráfica No. 8).

Estos cambios están relacionados con la mayor incidencia del divorcio entre los adultos. Si bien la legislación sobre divorcio aparece tempranamente (1869 con modificaciones en 1907/13 y 1978) en relación con otros países y en particular con la región latinoamericana, la ruptura matrimonial deja de ser una práctica poco frecuente a partir de los años cincuenta del presente siglo para intensificarse en los años ochenta (Cabella, 1999). Las razones de la intensificación de este fenómeno no han sido estudiadas en el país. De todas maneras, vale la pena señalar que a menudo se aduce que es difícil encontrar causas que expliquen la generalización de las rupturas matrimoniales ya que éstas responderían más bien a la asimilación de un nuevo modelo de unión conyugal (Roussel, 1993).

La intensificación de la ruptura de pareja conlleva al crecimiento del peso de niños en hogares de jefatura femenina debido a que la práctica judicial consiste en conceder la custodia de los hijos a la madre. A su vez, el incremento de los hogares monoparentales entre los niños se acompaña de un aumento del nivel educativo de sus jefes: en 1986, el promedio de años de educación del adulto a cargo de estos menores era inferior al de los nucleares, brecha que fue disminuyendo hasta desaparecer a fines de los años noventa (cuadro N° 1). Ello sugiere que la creación reciente de este tipo de hogares responde al divorcio de mujeres de relativa alta educación. Sin embargo, no se encuentra una correlación entre el porcentaje de mujeres divorciadas y el nivel educativo, por lo que la ruptura del matrimonio en los estratos de bajos ingresos podría estar contribuyendo a aumentar el número de hogares extendidos tal como se mencionó en el apartado B.

Cuadro N° 1.			
Promedio de años de educación del jefe de los hogares con niños menores de 14 años, por tipo de hogar.			
Edad del niño	Hogares nucleares	Hogares monoparentales	Hogares extendidos

⁶ El derecho a acceder a la asignación familiar requiere que el menor de 18 años asista al sistema educativo y que el adulto a cargo contribuya al sistema de previsión, requisitos menos probables para los estratos bajos que para los medios. En 1995, se aprobó un cambio en el diseño a efectos de redistribuir las prestaciones hacia los estratos más pobres, sujetando la cobertura y monto de la asignación al ingreso de la pareja a cargo del menor. El derecho se eliminó para los menores a cargo de parejas con ingreso superior a los diez salarios mínimos nacionales (SMN). Para el resto la prestación se fijó en 16% o 8%, según si el ingreso de los adultos a cargo del menor fuera inferior o superior a seis SMN, respectivamente. Si bien esto benefició a los estratos de menores ingresos, la caída del SMN en términos reales ha venido afectando el monto de la prestación a la baja.

	1986	1991	1996	1986	1991	1996	1986	1991	1996
0 a 4	8,3	8,7	9,1	6,8	8,5	8,8	5,7	6,1	6,4
5 a 9	7,6	8,3	8,9	6,8	8,2	9,3	6,0	6,3	6,7
10 a 14	7,2	7,8	8,3	6,8	7,6	8,5	5,8	6,5	6,5

D. El envejecimiento

El peso de los hogares extendidos y unipersonales crece durante el envejecimiento, sin que se detecten cambios de comportamiento entre generaciones (gráficas N° 9 y 10). En efecto, a partir de los 55 años, el peso de los hogares extendidos crece levemente: por ejemplo, 39% de las mujeres de la generación 1927-31 vive en este tipo de hogar a los 55-59 años, participación que alcanza 45% a los 65-69 años. A su vez, más del 25% de las mujeres viven solas a partir de los 75 años.

Esta evolución se refleja fundamentalmente en las mujeres, lo cual puede explicarse por su mayor esperanza de vida en un contexto en que los matrimonios se realizan en promedio con hombres de mayor edad: por ejemplo, a los 51-54 años, en que la mortandad aún es baja, la diferencia media de edad entre las parejas es de cuatro años en todo el período.

En síntesis, si bien la importancia de los hogares extendidos es mayor, la de los unipersonales está más relacionada con el proceso de envejecimiento. La posibilidad de vivir solo en las últimas etapas de la vida se asocia a la amplia cobertura del sistema de seguridad social, la cual también puede contribuir a justificar la permanencia de los hijos en el hogar de origen cuando el jefe tiene bajo nivel educativo. En efecto, estas prestaciones representan más del 50% de los ingresos de los hogares unipersonales de personas de 65 años y más, proporción que se incrementa en el tiempo por el aumento de la pasividad real (cuadro N° 2).

Fuente de ingreso	Total hogares		Hogares extendidos		Hogares unipersonales	
	1986	1997	1986	1997	1986	1997
Hogares con personas de 55 a 64 años						
Prestaciones	23,6	28,3	23,6	28,5	36,3	42,7
Remuneraciones del trabajo	67,6	65,8	68,5	67,2	42,5	49,2
Otros ingresos	8,8	6,0	7,9	4,3	21,2	8,1
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Hogares con personas de 65 años y más						
Prestaciones	42,4	46,1	32,6	44,1	65,4	82,7
Remuneraciones del trabajo	45,4	48,3	57,7	51,0	9,3	8,9
Otros ingresos	12,2	5,6	9,7	4,8	25,3	8,4
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

II. El capital humano

El análisis del capital humano realizado en este capítulo comprende tres tópicos. En el apartado A se presenta la evolución del *stock* de capital educativo de la población adulta del país en el período de referencia, intentando explorar los cambios de comportamiento intergeneracional. A continuación, en el apartado B, se estima la rentabilidad de la educación distinguiendo efectos

cohorte y edad. Por último, el apartado C refiere al estudio de la decisión de invertir en la educación de las generaciones recientes.

A. El capital educativo acumulado en la edad adulta

Desde fines del siglo pasado y hasta los años setenta, la enseñanza obligatoria comprendía los seis años correspondientes a la educación primaria. A partir de 1973, la obligatoriedad se extendió a nueve años. Así, la enseñanza media abarca actualmente un ciclo obligatorio de tres años seguido de otro ciclo de tres años que habilita el ingreso a la educación terciaria. En este sistema, la oferta pública gratuita ha tenido tradicionalmente un papel preponderante, si bien la cobertura privada se ha extendido en las últimas décadas.

En este contexto, el país ha asistido durante todo el siglo a un aumento de los niveles educativos de la población; en el período de estudio, el promedio de años escolares aprobados de la población mayor de 19 años creció de 7,1 en 1986 a 8,1 en 1997. Para ilustrar este cambio en términos de comportamientos generacionales, en la gráfica N° 11 se presenta el promedio de los años de educación por edad y para diferentes cohortes.

Su evolución indica que en el período reciente, la acumulación de capital educativo se realiza durante los primeros veinticinco años de vida. Por ello, puede identificarse como población que ha culminado el proceso de inversión a aquella que cuenta con 25 años de edad o más. A su vez, este comportamiento permite analizar las diferencias entre cohortes adultas con la información de los mayores de 25 años en 1997, o sea, para las generaciones de 1972 y anteriores. Esta aproximación requiere hacer la salvedad de que el *stock* de capital educativo de las generaciones observadas durante la etapa del envejecimiento sobrestima su inversión, ya que un leve crecimiento de los años de educación sugiere una esperanza de vida mayor para los más educados.

La estimación de distintas medidas de la distribución de los años de escolaridad por cohorte indica que durante el siglo cada generación supera el nivel de inversión realizado por la anterior al tiempo que disminuye el coeficiente de variación (cuadro N° 3). En términos medios, las personas nacidas a fines de los sesenta y principios de los setenta tienen cuatro años de educación más que las personas nacidas a mediados de los años treinta. A excepción de algún caso, el promedio para cada cohorte agrupada en cinco generaciones cae fuera del intervalo de confianza de la media del grupo anterior, sugiriendo cierta continuidad en este proceso intergeneracional.

Cuadro N° 3.
Medidas de los años de educación de la población urbana. Cohortes observadas en 1997.

Gen.	Promedio			Coeficiente de variación			Mediana		Primer cuartil		Tercer cuartil	
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
1973-77	9,89	9,45	10,4 **	0,30	0,30	0,29	9	11	7	8	12	12
1968-72	10,1 *	9,71	10,6 **	0,35	0,35	0,35	9	11	7	8	12	12
1963-67	9,73 *	9,33	10,1	0,38	0,37	0,38	9	9	6	6	12	12
1958-62	9,49 *	9,31	9,64 **	0,39	0,39	0,38	9	9	6	6	12	12
1953-57	9,21 *	9,03	9,36 **	0,42	0,42	0,41	9	9	6	6	11	12
1948-52	8,52 *	8,40	8,62	0,46	0,46	0,46	8	8	6	6	10	11
1943-47	8,02 *	7,88	8,15 **	0,48	0,46	0,49	6	6	6	6	10	10
1938-42	7,28 *	7,09	7,43 **	0,52	0,52	0,52	6	6	5	6	9	10
1933-37	6,55 *	6,40	6,65	0,57	0,56	0,58	6	6	4	4	8	9

1928-32	6,12	*	6,21	6,06	0,63	0,63	0,64	6	6	3	3	8	6
1923-27	5,54	*	5,56	5,53	0,66	0,67	0,65	6	6	3	3	6	6
1918-22	5,24	*	5,30	5,20	0,72	0,71	0,72	5	5	3	3	6	6
1913-17	4,88	*	4,75	4,95	0,79	0,79	0,79	4	4	3	3	6	6
* Media de la fila anterior no cae dentro del intervalo de confianza (95%) de la media de la fila correspondiente													
** Medias diferentes entre sexos al 95%													

Esta continuidad de cambio gradual intergeneracional se aprecia tanto en los hombres como en las mujeres, observándose que el promedio de años cursados es levemente superior para la población femenina, excepto para las generaciones más viejas. A su vez, la información por regiones indica que los niveles educativos son superiores en la capital, si bien su crecimiento cubre a todo el país urbano.

B. Los retornos a la educación

De acuerdo con estimaciones realizadas en estudios de corte transversal (Torello y Casacuberta, 1996; Miles y Rossi, 1998; Bucheli y Furtado 1999), la tasa de retorno de la educación estimada para los asalariados privados descendió entre 1986 y 1988, posiblemente como consecuencia de la recuperación de los ingresos reales de los estratos bajos llevadas a cabo en esos años. Esa tendencia se revirtió durante los años noventa cuando las primas por educación se incrementaron, siguiendo un camino similar, aunque atenuado, al observado en otros países. El hecho de que esto ocurriera en el marco de un fuerte aumento del nivel educativo de la población activa lleva conjeturar que se trata de efectos que, en un contexto de profundización del proceso de apertura externa, podrían provenir del lado de la demanda y de cambios institucionales operados en el mercado de trabajo (descentralización de la negociación salarial y caída de los niveles de sindicalización). Por lo tanto, es probable que el aumento de la oferta de trabajadores calificados haya contrapuesto un efecto de demanda tendiente hacia mayores niveles de desigualdad, tal como ha sucedido en otros países (Katz y Murphy, 1992).

La estimación de los retornos de la educación con pseudopaneles se realizó para los ocupados de generaciones no solapadas nacidas entre 1922-26 y 1962-66 durante el período 1986-97, eliminando los casos que no declararon horas trabajadas y/o ingreso⁷, utilizando la siguiente especificación:

$$\text{Log}(yh_j) = \mathbf{a} + \sum_i \mathbf{b}_i E_{ij} + \sum_c \mathbf{g}_c C_{cj} + \sum_{t=5} \mathbf{d}_t D_j^t + \sum_{T=12} \mathbf{l}_T A_{Tj} + \mathbf{f} M_j + u_j$$

El subíndice j representa a cada individuo. La variable dependiente y_{hj} corresponde al logaritmo del ingreso real del trabajo por hora. E_{ij} representa un conjunto de variables binarias del nivel educativo i . Se trabajó con seis tramos de años de educación: cinco o menos (que corresponde a primaria incompleta); seis; siete a nueve; diez a doce; trece a quince; dieciséis y más. C_{cj} es un conjunto de variables binarias que identifica cada cohorte c . D_j representa la edad del individuo j y fue especificada como un polinomio de grado 5. M_j es una variable binaria que toma valor 0 cuando el individuo vive en Montevideo y 1 en el resto del país. Los años fueron introducidos a través de las variables ficticias A . Por último, u_j representa un término de error.

⁷ Los casos utilizados totalizaron 164.598 hombres y 107.491 mujeres. Debido a que el número de variables independientes es 108, se omite la presentación de los parámetros estimados.

En la literatura sobre pseudopaneles se ha discutido sobre las posibilidades de separar los efectos cohorte, edad y tiempo dado que no son separables debido a la relación lineal presente entre las tres variables. Siguiendo a Attanasio (1997) se supondrá que las tendencias lineales presentes en las observaciones corresponden a efectos cohorte y edad y que el efecto del tiempo se anula. Esto implicó adoptar dos restricciones para la estimación de la ecuación anterior: a. la suma de los coeficientes de las variables ficticias de año es igual a cero, y b. Dichos coeficientes son ortogonales a una tendencia lineal.

La rentabilidad de la educación fue estimada para cada sexo por separado debido a que existen antecedentes empíricos que indican que las tasas internas de retorno difieren para hombres y mujeres (Furtado y Raffo, 1998).

El valor del logaritmo del ingreso predicho de los distintos niveles educativos para diversas generaciones de la capital, se ilustra en las gráficas N° 12 y 13.⁸ Debido a la forma de estimación, el perfil es similar para los ocupados del resto del país urbano pero con remuneraciones menores, tal como lo indica el parámetro estimado de la variable binaria correspondiente a la región (cuadro N° 4).

Las estimaciones reflejan los resultados usuales de los perfiles de ingreso. Por un lado, para cada nivel educativo, los valores del ingreso predicho son más altos para los hombres a lo largo de todo el ciclo de vida. Por otro lado, este perfil está más alejado del origen cuanto mayor es el nivel educativo de los individuos, reflejando la rentabilidad de la educación para todas las generaciones de ambos sexos. Por último, la rentabilidad de la educación es más alta para los hombres: los coeficientes correspondientes se presentan en el cuadro No. 4.

Los efectos cohorte son positivos y resultan ser más altos para las mujeres. Al realizarse estimaciones similares para cada nivel educativo, se encuentra que estos efectos son particularmente altos para las personas con trece años o más de educación, tal como se ilustra para el caso de los hombres en la gráfica N° 14. Ello sugiere que los premios por educación crecen para las generaciones más jóvenes, lo que ayudaría a explicar el crecimiento del retorno promedio en los años noventa estimado en los trabajos de corte transversal para los asalariados privados.

A su vez, las estimaciones por nivel educativo reflejan que el perfil de ingresos es más aplanado cuanto menor el nivel educativo (gráfica N° 15). En general, los ingresos crecen a tasas decrecientes con la edad, exceptuando a los más calificados para los cuales a partir de los 48 años, el valor predicho crece a tasas crecientes.

⁸ Se han omitido los valores para menores de 25 y mayores de 60 ya que se observan importantes oscilaciones fuera de ese intervalo de edad. Tampoco se graficó el valor predicho para 7 a 9 años de educación ya que se situaron próximos a los perfiles correspondientes a seis años.

Cuadro N° 4. Resultados de la estimación de la rentabilidad de la educación.		
Región	Mujeres	Hombres
	Parámetro t de Student	Parámetro t de Student
Variables binarias de educación		
6 años	0.082	0.185
7 a 9 años	0.241	0.345
10 a 12 años	0.509	0.567
13 a 15 años	0.761	0.784
16 años y más	1.071	1.112
MSE		

C. Inversión en capital humano de las generaciones recientes

Cerca del 40% de los niños menores de seis años concurre a centros preescolares. Esta asistencia está relacionada con el nivel educativo del jefe del hogar tal como se muestra en la gráfica N° 16. Debido a que la educación incide en la actividad femenina y está correlacionada entre cónyuges, la concurrencia de los niños más pequeños a establecimientos educativos podría estar asociada a un cambio en la asignación del tiempo de las mujeres con hijos. Por otra parte, la asistencia al sistema preescolar ha requerido tradicionalmente de un pago de matrícula, lo que también puede contribuir a explicar la menor cobertura de los niños en hogares de menores ingresos y por ende, con jefe de bajo nivel educativo. En este sentido, cabe mencionar que recién en 1995 se comenzó a implementar un programa tendiente a la universalización de la cobertura pública gratuita de los niños de 4 y 5 años.

En una etapa posterior, entre los seis y doce años de edad, el 99% de los niños asiste al sistema educativo lo que refleja la prácticamente total cobertura del nivel primario de enseñanza. Algo más del 80% de estos menores concurre a un establecimiento público, opción que de acuerdo a resultados de estudios anteriores, estaría correlacionada negativamente con el nivel educativo y de ingresos del hogar (Bucheli, 1997).

A partir de los doce años, el porcentaje de asistentes disminuye en forma continua con la edad. En particular, la deserción se detecta antes de los 15 años, o sea, en una etapa de la vida en que es imposible haber culminado los nueve años de educación obligatoria. Así, a los 13-17 años, alrededor de un 20% de los adolescentes abandona el sistema sin haber culminado la enseñanza media, no observándose un efecto cohorte. La deserción en estas edades aparece relacionada con el nivel educativo del jefe del hogar, el desempeño escolar y el sexo.

En efecto, el nivel educativo del jefe del hogar es importante para distinguir los comportamientos de asistencia en estas edades (gráfica No. 16). En los hogares cuyo jefe alcanzó el nivel terciario de enseñanza, más del 95% de los adolescentes de 13 a 17 años concurre a centros de estudio. En cambio, en los hogares cuyo jefe cuenta con el nivel de enseñanza primaria, la deserción alcanza al 30%.

La relación opuesta entre nivel educativo del jefe y asistencia es la prevista en los modelos en que la decisión de estudiar se presenta como una alternativa a la de incorporarse en el mercado de

trabajo y es recogida en la evidencia empírica de diversos países (Haveman y Wolfe, 1995). Por un lado, ello puede explicarse debido a que la educación del jefe está correlacionada con el ingreso del hogar y cuanto menor es el estrato de ingresos, mayor es el costo de oportunidad de estudiar ya que posterga la inserción laboral, al menos a tiempo completo.

Por otro lado, la educación del adulto a cargo afecta positivamente los beneficios marginales futuros y negativamente los costos marginales de estudiar: por ejemplo, los padres con mayor calificación tienen mayores contactos que facilitan la inserción laboral y proporcionan un entorno más favorable para el buen desempeño escolar. En este sentido, vale la pena señalar que existe evidencia de que en Uruguay, la recomendación del personal directivo para la contratación de trabajadores técnicos y de categorías superiores es particularmente importante con relación a los antecedentes más objetivos como la escolaridad y la experiencia laboral, al menos en las industrias más dinámicas (Rama y Silveira, 1991; Bucheli et al., 1992).

Por último, el ingreso del hogar y la educación del jefe pueden contribuir a fomentar la deserción debido a diferencias en la calidad de los establecimientos escolares a los que acceden los distintos estratos socioeconómicos. Estas eventuales diferencias en la oferta educativa, provenientes de heterogeneidades entre centros públicos y privados y al interior de cada sector, afectarían el desempeño escolar y por lo tanto, el incentivo a permanecer en el sistema educativo.

Obsérvese entonces, que existen diferentes mecanismos por los cuales el desempeño puede verse afectado por el nivel educativo del jefe del hogar. Además, depende obviamente de la capacidad de aprendizaje innata individual. La deserción entre desempeño y deserción se ilustra en el cuadro N° 5 en que se ha calculado un indicador de repetición que toma valor uno para quienes no han reprobado ningún año escolar y decrece a medida que aumentan los años reprobados.⁹ El promedio de este indicador -estimado solamente para los asistentes- aumenta con la edad, sugiriendo que los estudiantes que permanecen en el sistema tienen mejor desempeño.

Cuadro N° 5						
Media del indicador de repetición por sexo y por región. País urbano						
Edad	Todos		Hombres		Mujeres	
	Gen. 1970-74	Gen. 1975-79	Gen. 1970-74	Gen. 1975-79	Gen. 1970-74	Gen. 1975-79
7 a 11		0,87		0,86		0,89
8 a 12		0,88		0,87		0,89
9 a 13		0,89		0,88		0,9
10 a 14		0,9		0,88		0,91
11 a 15		0,91		0,90		0,92
12 a 16	0,89	0,91	0,87	0,90	0,90	0,93
13 a 17	0,89	0,92	0,87	0,90	0,90	0,93

⁹ Los datos de la ECH no son buenos para analizar la repetición, o sea, la necesidad de cursar un año lectivo más de una vez. Para ello se estimó, para los asistentes al sistema educativo, un indicador calculado como: $(\text{años de educación aprobados})/(\text{edad}-6)$. La sustracción de 6 en el denominador se debe a que está previsto que, generalmente, se apruebe el primer año lectivo a los siete años. El indicador toma valor 1 para los estudiantes que no repiten ningún curso, existiendo un desfase relacionado con el mes de nacimiento y en el que se realiza la entrevista.

En cuanto al sexo, en la adolescencia la deserción es más intensa entre los hombres (cuadro N° 6). Existen sugerencias de que la asistencia al sistema educativo es el resultado de una decisión en que la inversión en capital humano y la asignación de tiempo destinado al trabajo tienen un alto carácter excluyente (Bucheli y Casacuberta, 1999). Tal como se verá más adelante, en estas edades las tasas de actividad de los varones son mayores que las femeninas, lo que sugiere que el resultado de esta decisión conjunta difiere por sexo. El origen de estas diferencias podría estar vinculado a las características del mercado laboral.

Por un lado, al insertarse en el mercado no calificado, es probable que exista una abundancia relativa de puestos de trabajo que requieren atributos considerados masculinos, como por ejemplo la fuerza física. Por otro lado, existen diferencias salariales entre sexos, lo que permite a los jóvenes varones obtener una remuneración mayor. Estos dos aspectos harían que para tasas de descuento intertemporales suficientemente altas, el valor esperado del ingreso futuro sería superior para los hombres, aún cuando la rentabilidad de su educación sea mayor que la de las mujeres. Así, la deserción escolar aparecería asociada a los adolescentes varones de estratos de bajos ingresos

Edad	Todos		Hombres		Mujeres	
	Gen. 1970-74	Gen. 1975-79	Gen. 1970-74	Gen. 1975-79	Gen. 1970-74	Gen. 1975-79
7 a 11		99		99		99
8 a 12		99		99		99
9 a 13		97		98		97
10 a 14		95		95		96
11 a 15		92		91		93
12 a 16	84	86	83	85	85	88
13 a 17	77	79	73	75	81	82
14 a 18	69	68	64	64	73	73
15 a 19	58	56	52	51	64	62
16 a 20	52	49	47	43	56	56
17 a 21	44	43	38	38	51	48
18 a 22	36	33	30	29	42	38

A partir de los 18 años, el porcentaje de asistentes al sistema educativo continúa disminuyendo aceleradamente. Es en estas edades correspondientes al ciclo terciario en que se observa un efecto de crecimiento intergeneracional de la inversión en educación.

Si bien está previsto que se ingrese a la educación terciaria a los 18/19 años, existe aún un importante grupo de personas que a esa edad continúa asistiendo a la enseñanza media. Por otra parte, si bien la mayoría de los estudiantes del ciclo terciario debería egresar a los 24 años, la incidencia del rezago en este nivel es muy elevada. Como consecuencia, el crecimiento de la matrícula en estudios terciarios de las nuevas generaciones se observa a través de un aumento del peso de la asistencia en las cohortes más jóvenes a edades mayores de las previstas en los planes de enseñanza. Para ilustrar este cambio generacional es más apropiado entonces, observar los comportamientos entre los 21 y 25 años. Para la generación 60-64, el porcentaje de asistentes hombres es 14% mientras que para la generación 71-75 es 16%. Para las mujeres estos valores son

15 y 23% respectivamente. Esto pone de manifiesto que el cambio generacional obedece al comportamiento de las mujeres y, por lo tanto profundiza las diferencias entre sexos observadas en la adolescencia.

Por otra parte, en estas edades, la asistencia está relacionada con el estado conyugal de las personas. En el cuadro N° 7, en que se optó por presentar generaciones distintas de hombres y mujeres debido a sus diferencias en la edad de contraer matrimonio, se observa que el porcentaje de asistentes es mayor entre los solteros. Así, el rezago en la formación de la pareja, la constitución de un nuevo hogar y la postergación de la decisión de reproducción mencionados en la sección I, pueden asociarse con el patrón de crecimiento del nivel de los estudios.

Por último, el patrón de diferenciación por nivel educativo del jefe del hogar se profundiza a partir de los 18 años a pesar de que la oferta de enseñanza terciaria es principalmente gratuita.

Cuadro N° 7. Porcentaje de asistentes por estado conyugal. Generación 1962-66 de hombres y 1964-68 de mujeres.				
Edad	Hombres		Mujeres	
	Solteros	Casados	Solteras	Casadas
18 a 22			21	5
19 a 23			18	4
20 a 24	13	2	19	4
21 a 25	13	1	16	4
22 a 26	12	2	15	5
23 a 27	12	2	14	4
24 a 28	10	2	11	4
25 a 29	10	3	9	4
26 a 30	8	1	8	3
27 a 31	6	3	8	2
28 a 32	5	2	8	3
29 a 33	4	1	6	2

III. Participación en el mercado de trabajo

Las decisiones de los hogares en cuanto a la asignación del tiempo entre ocio y trabajo se reflejan en comportamientos diferentes de sus integrantes. En Uruguay, como en la gran mayoría de los países, mientras que más del 90% de los hombres en edad adulta es activo, la participación en el mercado de trabajo es menor entre los adolescentes y jóvenes de ambos sexos, las mujeres de edades medias y los adultos mayores. Un análisis de la tasa de actividad de los tres grupos se presenta en los apartados A, B y C.

A. Los adolescentes y jóvenes

La edad mínima legal requerida para trabajar en Uruguay es 14 años y la fuente de información utilizada no indaga sobre el cumplimiento de esta disposición. Por ello, no es posible

estudiar el trabajo infantil, si bien existen sugerencias de que el fenómeno no reviste una importancia tan significativa como en otros países de América Latina.

La incorporación al mercado de trabajo aumenta rápidamente luego de cumplir los 14 años y continúa creciendo más lentamente a partir de los 18-22 años para estabilizarse a los 23-27 años (gráfica N° 17). Así, durante el período de estudio, aproximadamente un tercio de los adolescentes de 14 a 18 años, alrededor del 70% de los jóvenes de 18 a 22 y en torno al 80% de los de 21 a 25 se declara activo en los años en estudio.

Tal como se mencionó en la sección anterior, el comportamiento de los jóvenes adolescentes difiere entre sexos, encontrándose una mayor incorporación al mercado de trabajo entre los varones. Esta diferencia se mantiene en la juventud temprana: por ejemplo, la tasa de actividad masculina de la generación 1972-76 crece de 41% a 82% entre los 14-18 y 18-22 años, alcanzando el 95% a los 21-25; en cambio, para las mujeres, estas tasas son 21%, 61% y 72%, respectivamente.

El crecimiento de la tasa de actividad con la edad que se observa incluso entre los asistentes al sistema educativo. Por lo tanto, si bien durante la adolescencia las decisiones de ser activo y de asistir al sistema educativo se presentan como alternativas, esta característica no se vislumbraría en la juventud, sugiriendo que en esta etapa se intensifica la dedicación simultánea al estudio y al trabajo.

Mientras que la edad aparece altamente asociada a la decisión de incorporarse al mercado de trabajo, la estabilidad de estas tasas para una misma edad en distintas generaciones jóvenes sugiere que no existe un cambio resultado de un efecto cohorte en las decisiones sobre actividad laboral en los años recientes.

B. Las mujeres

En todas las edades y para todas las generaciones, las mujeres presentan tasas de actividad inferiores a los hombres, tal como se observa en la gráfica N° 17. En esta gráfica se incluye además, la tasa de empleo femenina, ya que la alta desocupación podría estar reflejando cierto componente de desempleo voluntario. Se observa que la diferencia entre las tasas de actividad y empleo toma valores superiores a los quince puntos porcentuales antes de los 24 años, en torno a siete puntos entre los 25 y 35 y menores a cinco a partir de dicha edad. Así, las altas tasas de actividad estarían efectivamente reflejando una intensa incorporación al mercado de trabajo por parte de las mujeres, aún cuando se insertan con una intensidad horaria menor que los hombres (gráfica N° 18).

Un cambio intergeneracional de la conducta femenina tiende a reducir las diferencias de las tasas de actividad entre sexos. Por ejemplo, el 74% de las mujeres nacidas en 1953-67 son activas a los 35-44 años, cifra superior en catorce puntos porcentuales con relación a las cohortes 1942-45 a esa edad. Esta incorporación en el mercado de trabajo de las generaciones más jóvenes se da tanto en la capital como en el resto del país urbano, si bien es siempre mayor en Montevideo. A título ilustrativo, la tasa de actividad femenina a los 35-44 años de las mujeres nacidas en 1942-45 residentes en la capital por lo menos luego de 1986 se sitúa en torno al 67%, mientras que para el Interior, es del orden del 55%.

A su vez, el perfil de la tasa de actividad por edad recogido en la gráfica No. 17 no refleja una salida del mercado de trabajo -al menos notoria- en las edades centrales, tal como se esperaría en

base a la evidencia de otros países en donde se explica por la presencia de niños en el hogar (Browning, 1992). Sin embargo, cabe mencionar que en un estudio de corte transversal para 1991 de las mujeres montevideanas, Díez de Medina (1992) encuentra que la presencia de niños afecta en cierta medida la actividad, aún cuando el impacto más probable es que la mujer permanezca en el mercado de trabajo con menor carga horaria.

La tasa de actividad por niveles educativos de las distintas cohortes se presenta en la gráfica N° 19, en donde el grupo "bajo" refiere a las mujeres con menos de seis años de educación, el "medio" a las que tienen entre siete y doce y el "alto" a las de trece o más. Las mujeres de distintas generaciones con más de 12 años de educación presentan tasas de actividad del orden del 90%, cifra superior en 20 puntos porcentuales a la de mujeres que cursaron por lo menos un año de la enseñanza media y no ingresaron a la superior.

Estas diferencias de comportamiento entre grupos educativos sugieren que la tendencia creciente a lo largo del tiempo de la actividad femenina no es ajena a la tendencia creciente del capital educativo, ambos percibidos a través de un cambio intergeneracional. Pero también existe al interior de cada grupo educativo un aumento de la actividad relacionado con la generación, efecto más pronunciado entre las mujeres de educación media. Si bien este aumento de la actividad al interior de las mujeres de nivel educativo medio puede explicarse parcialmente por un crecimiento de los años aprobados dentro del nivel, el efecto cohorte se mantiene al desagregarlo en grupos educativos más homogéneos en cuanto al número de años aprobados, sugiriendo la existencia de un cambio ajeno al crecimiento de la educación.

Con respecto al estado conyugal, la tasa de actividad de las mujeres casadas de 30-40 años se sitúa en torno al 60-70% mientras que para las solteras y divorciadas es superior al 80% y 90% respectivamente (gráfica N° 20). Por lo tanto, parte del crecimiento temporal de la tasa de actividad femenina podría deberse al aumento de la incidencia del divorcio, esto es, a un cambio en la composición de las mujeres según estados conyugales. Otra parte, y no menor de acuerdo a los resultados presentados en la gráfica No. 20, proviene de un cambio de conducta de las mujeres casadas, cuya incorporación al mercado de trabajo crece cuanto más joven la generación.

Para analizar estos cambios de comportamiento intergeneracional, se ha estimado una regresión en que, para distinguir los efectos cohorte y edad, nuevamente se ha supuesto que en promedio los efectos del tiempo se anulan. En el cuadro N° 10 se presenta los resultados de la estimación realizada, siguiendo la metodología utilizada por Joshi et al (1985) incorporando las restricciones sugeridas por Attanasio (1997). Para estimar estos parámetros se utiliza un pseudopanel en que las mujeres son ingresadas a la edad de 26 años y se las mantiene hasta los 54 años, agrupadas cada tres generaciones. Así, la cohorte más vieja es la nacida en 1934-36, esto es a los 50-52 años en 1986; la más joven es la 1967-69, o sea, la que ingresa al pseudopanel a los 26-28 años en 1995. La variable dependiente en las cuatro estimaciones presentadas es la tasa de actividad promedio de la cohorte a cada edad, obteniéndose así 108 casos. Las variables dependientes son una especificación cuadrática de la cohorte, otra de la edad, el promedio de años de educación y la proporción de hogares monoparentales.

La variable "cohorte" toma valor 1 para la generación 1934-36 y 12 para las mujeres nacidas en 1967-69. En ese rango de valores, la derivada primera con respecto a esta variable es positiva y la derivada segunda negativa, indicando que la actividad crece a tasas decrecientes cuanto más joven es

la generación. Así, se recoge que un efecto cohorte positivo explica parte de la evolución de la tasa de actividad femenina.

A su vez, los resultados también sugieren una relación parabólica cóncava de la edad con la tasa de actividad. Sin embargo, si bien la actividad crece a tasas decrecientes hasta los 44 años, a partir de esa edad comienza a descender.

Por último, también se registra un efecto positivo de la presencia de hogares monoparentales y la educación.

Cuadro N° 8. Resultados de las estimaciones de la participación femenina. Variable dependiente: tasa de actividad de la cohorte/edad.		
VARIABLES INDEPENDIENTES	Parámetro	t-Student
Cohorte	0.0280	3.716
Coh. Cuadrado	-0.0006	-1.98
Edad	0.0278	8.82
Edad cuadrado	-0.0003	-8.222
Educación	0.0289	2.511
% de hog. monoparentales	0.3865	2.511
Constante	-0.3761	-4.691
F(16,91)	134.08	
Root MSE	0.01488	
Casos	108	
Nota: Se omite la presentación de los coeficientes de 12 variables ficticias que representan el año. La estimación se realiza con dos restricciones: a) la suma de los coeficientes de las variables ficticias representativas del año es nula; b) el vector de dichos coeficientes y la tendencia temporal son ortogonales.		

C. Los adultos mayores

La participación en el mercado de trabajo de los adultos mayores presenta diferencias importantes entre sexos, en el mencionado contexto de menor actividad de las mujeres de generaciones más viejas. Por ello, el análisis se ha concentrado en la actividad en los hombres.

Las tasas de actividad masculina, superiores al 95% entre los 24 y 50 años, declinan suavemente a partir de esa edad y más agudamente luego de cumplir los 60. Por ejemplo, a los 55-59 años, la tasa de actividad de la cohorte 1937-41 es 87% y cae a 80% a los 56-60 años, mostrando una importante incidencia del abandono del mercado de trabajo a la edad de 60 años que se repite para casi todas las generaciones.

El abandono del mercado de trabajo puede hacerse sin retiro, esto es, sin amparo en el sistema de seguridad social, al tiempo que el retiro puede efectuarse sin abandono de la actividad laboral. El sistema de seguridad social se creó a fines del siglo XIX y, desde entonces, su cobertura se amplió hasta alcanzar en el año 1954 a todos los trabajadores remunerados en ocupaciones lícitas, adoptando desde sus orígenes hasta 1995, la forma de un sistema de reparto.¹⁰ Así, los adultos

¹⁰ En 1995, en el contexto de las reformas llevadas a cabo en la región, se adoptó un sistema que combinó aspectos de reparto y capitalización. El

mayores perceptores de beneficios del sistema en el período de estudio pueden estar cubiertos por seis tipos de prestaciones con diferentes condiciones de acceso, siendo tres de ellas las más comunes. En primer lugar, la jubilación común pudo ser obtenida con 30 años de servicios y una edad mínima de 60 para los hombres y de 55 para las mujeres, determinando su monto como un porcentaje variable con la edad y años de actividad del promedio de los ingresos actualizados de los tres últimos años. En segundo lugar, la pensión a la vejez, de carácter asistencial y sin exigencia de cotización, cubre en el período a los mayores de 70 años que tenían un ingreso inferior a su monto. En tercer lugar, la pensión de sobrevivencia consiste en una prestación destinada a personas con un vínculo de parentesco con un fallecido, ausente o desaparecido, que deben cumplir ciertas condiciones que reflejan dificultades de manutención. Los beneficiarios de estas pensiones son mayoritariamente mujeres.

En este contexto institucional, no es sorprendente que la actividad masculina disminuya a partir de los 60 años.¹¹ La gráfica N° 21 muestra que efectivamente, el abandono y retiro están fuertemente asociados: con el envejecimiento, cae el peso de los activos que no cobran prestaciones de la seguridad social y crece el de inactivos cubiertos por el sistema. A su vez, un bajo porcentaje de personas trabaja y cobra la prestación simultáneamente mientras que otro grupo, de menores proporciones aún, es inactivo y no percibe ningún beneficio de la seguridad social.

Se ha realizado una aproximación a la tasa de transición de la actividad a la inactividad con retiro, calculando para cada edad, el cociente: *número de activos en el período t acogidos al sistema de seguridad social entre t y t+1/activos en el período t*. La información disponible permite construir este indicador solamente a partir del año 1991. Debido a que no existen diferencias tendenciales entre los años estudiados, las tasas promedio para el período 1991-97 se presentan en la gráfica N° 22. La tasa de transición presenta un primer pico a los 60 años, edad mínima requerida para acceder a una jubilación. Más adelante, a los 70/71 años, la tasa de transición alcanza su valor máximo. Este comportamiento puede explicarse por distintas razones que tienen que ver con el contexto institucional. Por un lado, los individuos que no aportaron al sistema a lo largo de su vida activa pueden obtener una pensión a los 70 años y, además, esta edad es la máxima autorizada para trabajar en el sector público. Por otra parte, puede estar incidiendo el más tardío abandono del mercado de trabajo de los hombres de educación alta tal como se observa en la gráfica N° 23. En este sentido, el costo de oportunidad de retirarse podría ser mayor para estos individuos, lo que se profundiza debido a que las jubilaciones tienen topes máximos de prestación que han venido decreciendo en términos reales.

Por otra parte, si bien la intensidad de horas trabajadas es relativamente estable en el total de adultos mayores activos e inactivos, en los ocupados decae durante la etapa de envejecimiento (gráfica N° 24). Alrededor del 10% de los hombres activos de 51 a 55 años trabaja menos de 35 horas mientras que lo hace más de 20% en el tramo de edad 61-65. El trabajo con dedicación parcial es más intenso entre los activos perceptores de una prestación del sistema de seguridad social: en 1997, el 42% de ellos en las edades 61 a 70 años trabaja menos de 35 horas versus 21% de quienes no la perciben.

nuevo régimen no alcanzó a los pasivos ni a quienes, en 1996, estaban en condición de retirarse de acuerdo a la normativa anterior. Así, en 1986-97, período de estudio de este trabajo, las prestaciones de la seguridad social dirigidas a los adultos mayores no se rigieron por la reforma de 1995.

¹¹A ello se suma que el único control riguroso del organismo administrador del sistema es la edad y existe consenso de que el país ha asistido a importantes subdeclaraciones de ingresos anteriores a los tres últimos años de actividad y a evasión (esto es, el acceso a la jubilación sin aporte previo y/o sin cumplir los requisitos de años de servicio). Entre los estudios han intentado cuantificar estos efectos, el principal organismo administrador del sistema estima que debido a la evasión el 23% del gasto de las prestaciones no tiene contrapartida en contribuciones realizadas (Camacho, 1997).

IV. Un análisis integrado de las decisiones de los hogares

En términos generales, las decisiones relacionadas con la constitución y el tamaño de los hogares nucleares, las asignaciones de tiempo de sus distintos integrantes y su eventual disolución como consecuencia del divorcio parecen seguir los patrones previstos en los modelos económicos de asignación de tiempo y comportamientos de la familia.¹²

En Uruguay, tal como ha ocurrido en la gran mayoría de los países en el correr del siglo, los adultos pertenecientes a hogares nucleares han atravesado un proceso generacional de cambios en la tasa de fecundidad, en la educación y en la tasa de actividad.

La decisión de creación de un hogar nuclear se toma entre los 25 y 35 años de edad, cuando se abandona el hogar de origen para contraer matrimonio. Las generaciones jóvenes toman esta decisión más tardíamente, lo que se refleja en un desplazamiento de los picos máximos de la tasa de fecundidad por edad y coincide con una mayor permanencia en el sistema educativo. En efecto, la asistencia al sistema educativo de los mayores de 20 años, asociada al ciclo terciario, es más intensa entre los solteros que entre los casados. A su vez, los resultados sugieren un efecto cohorte en la asistencia particularmente fuerte para las mujeres. Este comportamiento se configura en un contexto de retornos positivos a la educación y crecientes para las generaciones nuevas, lo que contribuye a explicar el crecimiento de la inversión en capital educativo y por lo tanto del costo de formar un nuevo hogar nuclear.

Además, se observa un descenso intergeneracional de la tasa de fecundidad. La asociación positiva entre la caída de la fecundidad global y el aumento del capital educativo –en particular el femenino– es altamente predecible. En este sentido, se ha esgrimido que como el crecimiento del nivel educativo eleva los ingresos esperados del trabajo, aumenta el costo del tiempo destinado al cuidado de los hijos.

Estos cambios se reflejan en la tasa de actividad de las mujeres casadas quienes, luego de un período más prolongado de inversión en capital educativo, dedican más tiempo al trabajo fuera de casa. Así, la actividad, el número de hijos y la educación pueden considerarse variables endógenas de un mismo sistema de decisiones, cuyos resultados se reflejan en una asignación del tiempo de la esposa más intensa en el mercado de trabajo para las nuevas generaciones. Expresado de otra manera, se atenúa la especialización en la división del trabajo por sexo, caracterizada tradicionalmente por la dedicación a la producción de bienes del hogar por parte de la mujer o alternativamente y a la inserción en el mercado de trabajo por parte del hombre. Una característica particular del país es la aparente baja sensibilidad –en comparación a la evidencia disponible para países desarrollados– de la actividad femenina a la presencia de niños pequeños, para cuyo cuidado probablemente se recurra a centros preescolares y ayudas del servicio doméstico o familiares ajenas al hogar, tópico en el cual no ahonda el presente trabajo.

Mientras, si bien el aumento de la inversión en capital educativo por parte de los hombres también ha repercutido en las decisiones de constitución del hogar nuclear, una vez en actividad, su patrón de ciclo de trabajo se mantiene estable. Con una inserción a tiempo completo durante la vida activa, hacia los 60 años inician una etapa de retiro con acceso a prestaciones de la seguridad social, manteniendo en algunos casos una inserción laboral a tiempo parcial.

¹² Por revisiones de estos modelos, véase Killingsworth y Heckman, 1986; Montgomery y Trussel, 1986; Polachek y Siebert, 1994; Bryant, 1990.

Con el crecimiento de los hijos, los hogares nucleares disminuyen paulatinamente de tamaño. Asociado al envejecimiento de la pareja y de los hijos, se asiste a un aumento del peso de los hogares extendidos y de parejas solas. En las últimas etapas del ciclo de vida, también toman importancia los hogares unipersonales en particular para las mujeres.

Este patrón general de los hogares nucleares se ve afectado en ocasiones por su disolución a raíz del divorcio. Este fenómeno es más frecuente cuanto más joven la generación, reflejándose en un aumento de hogares monoparentales de jefatura femenina. El divorcio y la creación de un hogar monoparental pueden ser nuevamente interpretados como endógenos en los modelos de decisiones de familia. Por ejemplo, el cambio en la asignación del tiempo, esto es, la menor especialización en la división del trabajo entre hombres y mujeres, disminuye las ganancias esperadas del matrimonio creando condiciones que facilitan la disolución del hogar nuclear. A su vez, la incorporación de la posibilidad de la ruptura del mismo puede constituir una causa de los cambios previamente mencionados, como por ejemplo, incentivar la inversión en capital humano para incrementar los ingresos de toda la vida en la eventualidad del divorcio.

Como consecuencia de la evolución de la ruptura del matrimonio, si bien las dos terceras partes de los hijos nacen en hogares nucleares, el peso de los monoparentales crece durante la adolescencia y se percibe además un impacto sobre las generaciones más recientes. Por otra parte, también puede percibirse un aumento de la incidencia de los hogares extendidos entre los niños. Si bien no ha sido posible encontrar las causas de este cambio, los resultados encontrados no serían contradictorios con que ello se vincule al crecimiento del embarazo adolescentes, a la estrategia de parejas jóvenes de convivir con adultos mayores debido al relativo de las pasividades con respecto a los ingresos del trabajo y al retorno de mujeres divorciadas de bajo nivel educativo a sus hogares de origen.

Con respecto a las decisiones de inversión en educación de los menores, todos los hogares envían a los niños de seis a doce años de edad a centros educativos, esto es, a realizar el ciclo primario de enseñanza. Más adelante, entre los 13 y 17 años, alrededor de la cuarta parte de los adolescentes abandona los estudios mientras que entre los 18 y 22 años, solamente la tercera parte continúa asistiendo a centros educativos. La asistencia a partir de los 22 años -que supera el 10% hasta los treinta años- es en gran resultado de la importante incidencia del rezago en la culminación del nivel terciario.

Durante la adolescencia, las proporciones de desertores son similares a las de activos reflejando que la inversión en educación y el trabajo se presentan como alternativas en gran medida excluyentes. Ya en las edades posteriores aumenta la incidencia de la asignación parcial del tiempo al trabajo y al estudio en forma simultánea.

Las decisiones de los hogares con respecto a esta asignación del tiempo de sus integrantes más jóvenes dependen en gran medida del nivel educativo del jefe lo que sugiere la importancia del ingreso, a pesar de la abundante oferta educativa gratuita. Los diferentes resultados de las decisiones entre hogares de distinto estrato de ingresos pueden explicarse por sus diferencias en los costos de oportunidad, que se traducen en mayores tasas de descuento intertemporales y por lo tanto, en una mayor valoración de los ingresos presentes.

Por otra parte, los indicadores de rezago en los estudios indican, sin mayores sorpresas, que la deserción en la adolescencia es más intensa entre los estudiantes con peor desempeño escolar. Es probable que éstos pertenezcan a los estratos de ingresos bajos debido básicamente a dos razones. Por un lado, la presencia de un adulto de mayor nivel de educación –indicativo de ingresos altos– podría repercutir en un mejor desempeño escolar del menor. Una segunda vía, de la cual no existe evidencia, podría provenir de diferencias en la calidad de la enseñanza a la que acceden los jóvenes de distintos estratos de ingresos.

A estas características generales se suma una distinción en las decisiones según el sexo del joven. Los hogares parecen preferir asignar mayor tiempo a los estudios de las jóvenes mujeres versus una dedicación mayor al trabajo de los jóvenes hombres, comportamiento que habría comenzado hace varias generaciones. Estas diferencias entre las asignaciones del tiempo pueden tener una diversidad de explicaciones. Por un lado, las mujeres presentan mejores desempeños medidos por el indicador de rezago en la culminación de los estudios. Por otro, si la tasa intertemporal de descuento es muy alta, puede estar incidiendo la diferencia de salarios entre sexos, ya que el ingreso presente crece más si el hogar decide que sea un hijo varón el que se incorpore al mercado de trabajo. Ello no agota las posibles explicaciones, que requieren un análisis más pormenorizado.

En síntesis, las decisiones de inversión en educación de los menores de 22 años están fuertemente influidas por la edad de los integrantes jóvenes y las variables de contexto del hogar. En particular, la deserción de los jóvenes afecta su ingreso permanente y, en la medida en que esta opción se toma principalmente en los estratos bajos, reduce las posibilidades de movilidad.

Apéndice Metodológico: Fuentes de información

La información utilizada proviene de la Encuesta Continua de Hogares (ECH) del Instituto Nacional de Estadística (INE). La ECH cubre al país urbano, el cual según los Censos de Población recientes, representa el 88% de la población. La encuesta se releva en forma continua a lo largo del año y se estructura en dos submuestras: una de la capital, Montevideo, en donde residían 1,3 millones de habitantes en 1996, y otra del resto del país urbano, que contaba con un 1,4 millones de habitantes en dicho año.

La información de la ECH puede clasificarse en cuatro bloques: características individuales; aspectos vinculados a la familia; situación laboral; ingresos individuales.

Los datos utilizados sobre características individuales fueron la edad, el sexo, la asistencia o no al sistema educativo en el momento de la entrevista, el nivel educativo alcanzado y los años aprobados en dicho nivel. Los indicadores relativos a las características del hogar en que viven las personas fueron contruidos con la totalidad de los miembros del hogar (excepto el servicio doméstico). Del conjunto de variables relacionadas con la familia y el hogar, se utilizó la información sobre estado conyugal y parentesco con el jefe, siendo éste último identificado por el entrevistado. Los datos sobre parentesco, estado conyugal y edad permitieron identificar los diferentes tipos de hogar utilizados.

En cuanto a la situación laboral, se utilizó la información sobre condición de actividad y horas trabajadas, que refiere a la semana anterior a la entrevista. A su vez, la ECH releva los ingresos

percibidos por distintos conceptos, los cuales corresponden al mes anterior. Los ingresos reales fueron estimados deflactando por el índice de precios al consumo.

Los pseudopaneles fueron construidos para los años 1986 a 1997, agrupando a las personas por grupos quinquenales de edad, excluyendo a los trabajadores del servicio doméstico que habitaban en la vivienda del hogar encuestado. Sólo se tomaron los casos correspondientes a personas encuestadas en el período 1987 a 1997 que residían en el país urbano en 1986.¹³ También se construyeron pseudopaneles para Montevideo y el resto del país urbano, eliminando las personas que en 1986 no residían en el área geográfica correspondiente. El número de casos por grupos de edades quinquenales para cada año aparece en el cuadro N° A1. A su vez, en los cuadros N° A2, A3 y A4 se presenta el número de casos por nivel educativo.

Cuadro N° A2.

Número de casos incluidos en el pseudopanel por grupos quinquenales de edad. Años 1986-1997.

Edad	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997
0 4	5674	5801	5683	4823	4590	4614	4467	4303	4333	4458	4255	4366
5 9	6389	6407	6195	5235	5005	4784	4766	4719	4642	4862	4621	4625
10 14	6315	6548	6534	6050	5786	5422	5373	5009	4922	4998	4692	4967
15 19	5519	5712	5783	5179	5078	5202	5297	5375	5385	5424	5256	5222
20 24	4813	4749	4712	4164	4123	4168	4111	4321	4368	4762	4619	4894
25 29	4510	4637	4638	3912	3780	3695	3649	3612	3548	3758	3581	3718
30 34	4356	4627	4561	4242	4143	4052	3888	3685	3839	3885	3586	3665
35 39	4005	4253	4273	3839	3829	3830	3899	3950	3944	3942	3823	3729
40 44	3921	4164	4254	3744	3841	3618	3515	3644	3755	4005	3713	3901
45 49	3638	3833	3905	3519	3521	3510	3424	3373	3501	3507	3389	3501
50 54	3872	3765	3855	3434	3455	3332	3286	3356	3348	3559	3453	3546
55 59	3877	3923	3927	3527	3506	3275	3377	3111	3136	3233	3109	3167
60 64	3478	3482	3653	3531	3496	3511	3658	3647	3441	3553	3254	3408
65 69	2752	3021	3055	2759	2854	2958	3121	3098	3064	3268	3112	3264
70 74	2358	2336	2394	2253	2162	2282	2427	2594	2641	2597	2569	2706
75 79	1677	1732	1889	1785	1690	1689	1705	1691	1714	1793	1735	1950
80 84	1024	1007	1095	983	1001	1050	1155	1186	1175	1235	1192	1275
85 89	528	481	526	451	460	466	452	512	545	576	598	624
90 94	150	168	167	144	157	158	172	186	203	229	188	229
95 99	46	35	44	44	37	41	51	37	43	64	49	51

¹³ Las personas son interrogadas sobre el tiempo de residencia en el lugar en que son encuestadas y el lugar dónde residían inmediatamente antes a su migración.

Cuadro N° A3.

		Número de casos de nivel educativo bajo por grupos quinquenales de edad. Años 1986-1997.											
Edad		1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997
0	4	5674	5801	5683	4823	4590	4609	4463	4302	4333	4458	4255	4365
5	9	6389	6407	6195	5235	5005	4707	4690	4662	4630	4820	4608	4625
10	14	4812	4992	4980	4480	4173	2957	2929	2730	2665	2740	2571	2788
15	19	1282	1338	1237	1093	928	860	823	741	856	875	786	848
20	24	1292	1221	1148	955	819	794	775	765	793	802	723	778
25	29	1337	1366	1286	996	955	938	914	806	837	855	773	778
30	34	1525	1573	1521	1336	1236	1158	1049	969	1087	1043	996	977
35	39	1812	1902	1759	1544	1432	1365	1361	1226	1236	1195	1086	1069
40	44	2026	2136	2113	1811	1767	1563	1434	1494	1531	1500	1259	1308
45	49	2235	2292	2280	1926	1939	1760	1632	1579	1654	1582	1393	1528
50	54	2713	2616	2561	2191	2144	1973	1871	1788	1801	1825	1722	1787
55	59	2882	2877	2871	2542	2491	2177	2179	1930	2053	1898	1818	1863
60	64	2761	2726	2892	2734	2666	2503	2541	2500	2470	2421	2235	2330
65	69	2258	2494	2492	2248	2304	2161	2240	2279	2402	2333	2266	2402
70	74	1988	1914	2004	1876	1814	1701	1733	1901	2159	1877	1944	2112
75	79	1482	1494	1627	1525	1440	1210	1178	1183	1418	1284	1339	1604
80	84	900	900	967	858	864	726	768	851	1007	884	941	1063
85	89	473	442	466	399	411	332	300	358	479	424	502	540
90	94	138	154	151	136	142	98	108	141	176	146	159	200
95	99	46	34	37	38	35	22	32	21	41	43	42	42

Cuadro N° A4.

		Número de casos de nivel educativo medio por grupos quinquenales de edad. Años 1986-1997.											
Edad		1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997
0	4	0	0	0	0	0	3	2	1	0	0	0	1
5	9	0	0	0	0	0	15	14	8	1	0	1	0
10	14	1503	1556	1554	1570	1613	2442	2421	2263	2251	2241	2113	2173
15	19	4137	4272	4427	4017	4059	4051	4128	4333	4238	4241	4202	4098
20	24	2829	2800	2766	2564	2597	2451	2455	2607	2696	2948	2905	3215
25	29	2528	2593	2652	2275	2176	2067	1977	2001	1927	2077	1998	2136
30	34	2246	2411	2418	2322	2304	2214	2207	2082	2064	2134	1905	1990
35	39	1677	1789	1947	1756	1872	1942	1937	2111	2109	2099	2087	2076
40	44	1479	1599	1654	1470	1581	1495	1543	1590	1710	1825	1847	1953
45	49	1140	1238	1283	1252	1255	1300	1302	1338	1396	1423	1454	1484
50	54	891	891	1007	970	993	977	1075	1179	1214	1268	1286	1353
55	59	761	802	817	776	795	730	801	837	841	929	964	1001
60	64	555	588	574	593	633	612	706	759	692	740	708	805
65	69	373	402	443	386	420	448	526	469	511	559	593	619
70	74	248	291	277	270	252	292	337	330	361	397	400	459
75	79	133	167	168	177	170	162	182	187	205	235	249	232
80	84	79	66	77	87	89	88	122	112	100	106	114	138
85	89	27	26	39	38	21	20	30	32	42	47	31	50
90	94	8	6	10	3	6	12	13	8	15	12	12	19
95	99	0	1	5	2	0	1	3	4	1	2	3	6

Cuadro N° A5.

Edad		Número de casos de nivel educativo alto por grupos quinquenales de edad. Años 1986-1997.											
		1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997
0	4	0	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0
5	9	0	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0
10	14	0	0	0	0	0	5	6	4	0	0	1	0
15	19	93	99	114	68	90	261	323	279	285	287	257	273
20	24	638	681	746	620	682	894	854	929	861	988	972	889
25	29	555	595	625	579	592	667	735	781	766	809	795	798
30	34	521	570	557	518	530	649	596	613	674	680	670	694
35	39	476	497	516	494	476	494	563	571	580	624	635	578
40	44	369	386	437	412	452	517	494	517	508	639	588	638
45	49	231	268	310	290	292	394	450	418	446	462	528	488
50	54	240	238	264	243	284	303	269	331	327	406	418	404
55	59	212	223	219	187	201	270	261	245	235	309	300	298
60	64	153	155	171	190	186	246	244	252	270	259	267	268
65	69	117	119	113	115	122	146	171	174	146	199	195	239
70	74	109	124	109	103	85	107	142	144	118	145	153	131
75	79	58	65	91	78	77	94	110	98	89	84	99	113
80	84	45	39	50	38	44	58	70	58	65	73	82	73
85	89	28	13	19	14	28	12	26	26	24	25	32	34
90	94	4	8	6	5	9	10	11	4	12	14	7	10
95	99	0	0	2	4	2	0	1	0	1	3	1	3

Referencias bibliográficas

- Attanazio, O. 1997. "Cohort analysis of saving behavior by U.S. households". *The Journal of Human Resources*, XXXIII (3). 576-609 .
- Browning, M. 1992. "Children and Household Economic Behavior", *Journal of Economic Literature*, 30(3):1434-1475.
- Bryant, W. K. 1990. *The economic organization of the household*. New York, USA: Cambridge University Press.
- Bucheli, M.; Cassoni, A.; Diez de Medina R. et al. 1992. *Recursos humanos en el proceso de ajuste: el caso uruguayo*. Serie de documentos de trabajo 140. Washington, DC, Estados Unidos: Departamento de Desarrollo Económico y Social, Banco Interamericano de Desarrollo.
- Bucheli, M. y Rossi, M. 1994. *Distribución del ingreso en el Uruguay (1984-1992)*. Documento N° 10/94. Montevideo, Uruguay: Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Sociales.
- Bucheli, M. 1997a. *La distribución del gasto público en enseñanza*. Uruguay: LC/MVD/R.146. Rev.1, Comisión Económica para América Latina, Oficina de Montevideo.
- . 1997b. *Equidad en las asignaciones familiares de Uruguay*. Uruguay: LC/MVD/R.149. Rev.1, Comisión Económica para América Latina, Oficina de Montevideo.

- Bucheli, M. y Furtado, M. 1999. *Los cambios en las remuneraciones en los años noventa*. Montevideo, Uruguay: mimeo.
- Bucheli, M. y Casacuberta, C. 1999. *La asistencia escolar y la participación en el mercado de trabajo de los adolescentes*. Documento de Trabajo, Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- Cabella, W. 1999 "La evolución del divorcio en Uruguay (1959-1995)", *Notas de población*, Centro Latinoamericano de Demografía, Santiago de Chile. Próximo a publicarse.
- Camacho, L. 1997. *Elementos generales del financiamiento del nuevo sistema previsional uruguayo*. Banco de Previsión Social, Asesoría Económica y Actuarial, Montevideo, Uruguay.
- Centro Latinoamericano de Demografía. 1996. *Boletín demográfico*, 29(58), Santiago, Chile.
- Deaton, A. 1985. "Panel data from series of cross-sections". *Journal of Econometrics*, 30: 109-126.
- Diez de Medina, R. 1992. *El sesgo de selección en la actividad de jóvenes y mujeres*. Documento N°12/92, Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- Furtado, M. y Raffo, L. 1998. *Discriminación y segregación laboral por género. Un estudio del caso uruguayo en la última década*. Trabajo de investigación monográfica, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República, Montevideo.
- Haverman, R. y Wolfe, B. 1995. "The determinants of children's attainment: a review of methods and findings". *Journal of Economic Literature*, 33(4): 1829-1878.
- Instituto Nacional de Estadística y Comisión Económica para América Latina/Centro Latinoamericano de Demografía. 1987. *Uruguay: estimaciones y proyecciones de la población por sexo y edad. Total del país. 1950-2050*. LC/DEM/R.287, Serie OI 128. Montevideo, Uruguay.
- Joshi, H.E.; Layard, R. y Owen, S. J. 1985. "Why are more women working in Britain?". *Journal of Labor Economics*, 3(1): S147-S176.
- Katz, L. y Murphy, K. 1992. "Changes in the structure of wages 1963-87: supply and demand factors". *Quarterly Journal of Economics*, 107: 35-78.
- Kiernan, K. y Mueller, G. 1998. *The divorced and who divorces?* CASEpaper 7, Centre for Analysis of Social Exclusion, London School of Economics, Londres.
- Killingsworth, M.R. y Heckman, J.J. 1986. "Female Labor Supply: A Survey". En: O. Ashenfelter y R. Layard Eds. *Handbook of Labor Economics*, vol. I. Elsevier Science Publishers B.V.
- Machado, A. y Reggion, I. 1999. *Incidencia de la reforma en el mecanismo de ajuste de las pasividades de 1990 sobre la distribución del ingreso de los hogares. Uruguay: 1986-1997*. Trabajo de investigación monográfica, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República, Montevideo.

- Miles, D. y Rossi, M. 1998. *Men returns to education and experience in the Uruguayan labor market*. Montevideo, Uruguay: mimeo.
- Moffit, R. 1993. "Identification and estimation of dynamic models with a time series of repeated cross-sections". *Journal of Econometrics* 59: 99-124.
- Montgomery, M. y Trussel, J. 1986. "Models of Marital Status and Childbearing". En: O. Ashenfelter y R. Layard, Eds. *Handbook of Labor Economics, vol. I.* Elsevier Science Publishers B.V.
- Pellegrino, A. y Polleri, R. 1999. "Fecundidad y situación conyugal en el Uruguay. Un análisis retrospectivo. 1889-1975". Trabajo presentado al seminario *Cambios y continuidad en los comportamientos demográficos: la experiencia de cinco siglos*. Organizado por el Comité de Demografía Histórica de la IUSSP en colaboración con la Universidad de Córdoba.
- Polachek, S.W. y Siebert, W.S. 1993. *The economics of earnings*. Cambridge University Press.
- Rama, G. y Silveira, S. 1991. *Políticas de recursos humanos de la industria exportadora de Uruguay*. Comisión Económica para América Latina - Oficina de Montevideo y Centro Interamericano de Formación Profesional/Organización Internacional del Trabajo. Montevideo, Uruguay.
- Ranasing, A. 1999. *Investment in post-compulsory education in Sri-Lanka*. <http://www.fee.uva.nl/bib/docs/TI/1997/TI97021.pdf>.
- Roussel, Louis. 1993. "Sociographie du divorce et divorcialité". *Population*, 48(4): 919-938.
- Schultz, T.P. 1978. "The influence of fertility on labor supply of married women: simultaneous equation estimates". En: R. G. Ehrenberg, editor. *Research in Labor Economics, vol. 2*. Connecticut, USA: JAI Press.
- . 1994. "Human Capital, Family Planning, and Their Effects on Population Growth". *American Economic Review*, 84 (2): 255-260.
- Torello, M. y Casacuberta, C. 1996. *Inversión pública en educación en Uruguay*. Trabajo presentado en las XII Jornadas de Economía del Banco Central del Uruguay. Montevideo, Uruguay.

